

El agua y sus excesos: huracanes y sustos

Laura Huicochea Gómez

El agua es un elemento que nos brinda bienestar al regular nuestra temperatura corporal; proporciona el medio para que las células produzcan, almacenen y utilicen energía; es esencial para los procesos de digestión, absorción y eliminación de desechos metabólicos. Si hay una gran pérdida de agua en el cuerpo, ésta debe reponerse de manera inmediata, y afortunadamente nuestro organismo cuenta con mecanismos fisiológicos que nos anuncian ciertos desequilibrios, como ocurre con la sed.

A escala mundial, sólo el 2% del agua que hay en el planeta se puede consumir; debe ser dulce y la podemos obtener de lagos, ríos y mantos subterráneos. En México, los acuíferos que almacenan tan vital líquido se recargan durante la época de lluvia (cerca de cuatro o cinco meses al año). Pero los cambios de suelo y clima, la desertización, inundaciones y acciones humanas, han propiciado que el acceso al agua sea limitado y por ende, se vea amenazada la producción de alimentos, la estabilidad política-social y la salud de la población.

La escasez del recurso y sus causas son preocupantes; sin embargo, su exceso también puede producir problemas. En el ámbito de la salud, por ejemplo, a partir de la experiencia de algunos corredores de maratón en Boston, Estados Unidos, la ciencia médica confirmó que había riesgo al beber agua en demasía; información dada a conocer en la revista *The New England Journal of Medicine*. De 488 corredores estudiados, 13% presentaron muy bajos niveles de sodio en la sangre, una condición conocida como hiponatremia. Tres de ellos incluso corrían el riesgo de morir, debido a que durante el ejercicio los riñones no pueden eliminar el exceso de agua.

La explicación es que a medida que la gente ingiere líquido en cantidades extremas, éste entra a las células, incluyendo las cerebrales, que al no tener espacio para expandirse llegan a presionar el cráneo y pueden comprimir el tallo cerebral, el cual controla funciones vitales como la respiración. Aunque no todas las personas dedicadas a la medicina del deporte estu-

vieron de acuerdo con esta hipótesis –con el argumento de que el propio cuerpo se encarga de eliminar los excesos–, es importante resaltar que el tema preocupó a integrantes de la comunidad científica.

Así como la ciencia médica se enfrenta al análisis y discusión de las consecuencias del consumo excesivo de un elemento vital para el cuerpo, como es el agua, la antropología se ha interesado en estudiar las condiciones que vulneran a las poblaciones humanas cuando los vientos o las lluvias dejan de ser elementos naturales beneficiosos para convertirse en fenómenos que desencadenan desastres. El agua, elemento purificador y necesario para muchas actividades, se torna entonces un elemento peligroso en ciclones, tormentas y huracanes.

La perspectiva antropológica ante los desastres

Actualmente la antropología llama nuestra atención hacia los grupos humanos que se ven afectados cuando hay un huracán, un ciclón o cualquier otro meteoro, y anali-

za su capacidad de respuesta, resistencia, solución y recuperación tras los daños causados. El fenómeno natural en sí mismo ha pasado para algunas y algunos estudiosos a un segundo plano. Más bien, se buscan respuestas relacionadas con las condiciones socioculturales e históricas en las que se desenvuelven las comunidades amenazadas, las formas que tienen para relacionarse con su medio ambiente, y se identifican los factores que vulneran a las poblaciones.

La etnografía, una de las principales herramientas metodológicas de la antropología, ha contribuido a que se profundice sobre los medios con que los pueblos afrontan, padecen o aprovechan los fenómenos de la naturaleza. Identifica comportamientos y estrategias de respuesta, determinados en buena medida por nuestras ideas o creencias que varían de acuerdo con la edad, el sexo, la religión o la etnia a la que pertenezcamos.

Además de conocer las razones por las cuales una comunidad actúa de cierta manera ante un fenómeno natural, a la antropología le importa saber si esa respuesta ha permanecido o cambiado con el paso del tiempo; si los cambios ocurren porque las personas tienen nuevas experiencias con el ambiente, nuevos métodos de subsistencia, capacidades distintas de proceder, o bien, si hay condiciones económicas y políticas que impiden que las acciones y estrategias de respuesta tradicionales resulten efectivas.

Existen zonas que por su ubicación geográfica están en riesgo permanente de ser impactadas por fenómenos naturales. Cuando un meteoro interfiere constantemente en la vida cotidiana de las comunidades de una región, se generan creencias, percepciones y actitudes de los pobladores en torno a él; esto nos indica el grado de conocimiento, respeto y comprensión que tienen del fenómeno. Junto con el estudio de estos temas, desde la antropología se pueden registrar prácticas de aprovechamiento y prevención de tor-



Diosa Ixchel vaciando una vasija sobre el mundo.

En la historia prehispánica y colonial de México encontramos las raíces del “susto” y el “aire” como trastornos que pueden originarse por elementos celestes poderosos: el rayo, el granizo o el viento, pero también por el agua, que al cobrar vida y voluntad propia demanda respeto, veneración y culto.

mentas, ciclones o huracanes en los cultivos y sus plagas, o evaluar estrategias inmediatas de atención a la salud que los pobladores han mantenido con el tiempo y que de alguna manera les resultan útiles en épocas modernas.

Por ejemplo, al paso de un huracán el Sector Salud suele coordinar esfuerzos para prevenir los posibles brotes inmediatos de enfermedades como el cólera, hepatitis, dengue, tétanos, procesos infecciosos gastrointestinales y respiratorios, además de los trastornos emocionales. Sin embargo, de acuerdo con la etnia, el contexto histórico de origen o las creencias que hay en torno a un huracán, se amplían y diversifican las enfermedades, tratamientos y causalidades. Muchas veces, el Sector Salud no reconoce que hay padecimientos vinculados con las culturas tradicionales, y si llega a considerarlos, los define como simples supersticiones o creencias sin fundamento.

Como muestra de estos males, podemos mencionar lo que ocurrió en el municipio de Calakmul, Campeche, al paso del huracán Isidoro en septiembre de 2002: las familias de cuatro comunidades indígenas choles y mestizas de origen nahua¹ experimentaron

¹ Comunidades en las que en 2003 y 2004 se realizaron estudios por parte de un equipo de investigación formado por alumnos del programa “Verano de la Ciencia” y antropólogos de ECOSUR Campeche.

enfermedades como el “susto” o la “pérdida del espíritu” tras recibir una fuerte impresión derivada de la caída de los rayos; algunas mujeres padecieron “sobrepardo”, un dolor intenso que sufren tras parir y recibir un aire frío; varios sufrieron “de mal aire”, malestar y fiebre provocados por la introducción de un espectro a través de las articulaciones del cuerpo.

Estos “aires” sentidos por algunas de las personas que habitan en Calakmul, se sostienen en la creencia de que el agua contenida en el viento, de esencia fría, viaja en el ambiente y tiene la posibilidad de convertirse en un ente que causa daño. La gravedad del mal depende de la época, del lugar o circunstancia que lo origina y las cualidades frías o cálidas de las personas y los eventos. El viento que trae lluvia es bueno, pero el que proviene de los muertos, de las grutas, los cementerios o de ciertos fenómenos naturales, puede ser malo.

Mirando al pasado

Las enfermedades de la medicina tradicional referidas por los calakmuleños tienen su fundamento en la historia y contexto de las comunidades estudiadas y están lejos de ser meras supersticiones. Para entender su origen y razón contamos con la etnohistoria, una disciplina antropoló-

gica que a partir de registros y fuentes históricas, estudia las ideas, creencias y prácticas de los pueblos del pasado, y su transformación en formas de pensamiento, desarrollo y organización modernas.

En la historia prehispánica y colonial de México encontramos las raíces del susto y el aire como trastornos que pueden originarse por elementos celestes poderosos: el rayo, el granizo o el viento, pero también por el agua, que al cobrar vida y voluntad propia demanda respeto, veneración y culto.

Antiguamente se creía que había dioses de la lluvia, del viento y de los fenómenos de la naturaleza con los que se tenían experiencias poco predecibles y de consecuencias muchas veces desastrosas. Uno de ellos era Huracán; su característica era ser un viento destructor, poderoso y arbitrario. Con la orden y manipulación de las divinidades existían otros elementos como el frío, la humedad o el calor, que también podían provocar enfermedades; dependiendo del momento, la circunstancia en que aparecían y los problemas que causaran, se determinaba la enfermedad y el tratamiento.

Algunos de estos saberes han permanecido con el tiempo; la mayoría se han modificado, en ocasiones adquiriendo referencias distintas. Gran parte de los grupos y comunidades de nuestro país no asocian directamente sus conocimientos y prácticas a la cosmovisión del siglo XV o XVI. Algunos rasgos y prácticas culturales que registramos en campo y esclarecemos con la ayuda de las fuentes históricas, nos



Los tratamientos resultan eficaces porque son accesibles y los curanderos los llevan a cabo en el lenguaje de la comunidad, comparten creencias con sus pacientes y tienen un reconocimiento social, además incluyen el conocimiento de la flora, fauna y elementos cosmogónicos de su ambiente.

permiten saber que las creencias y hábitos han variado con el tiempo, puesto que los individuos y grupos se van enfrentando a exigencias y necesidades del presente. Por ejemplo, la agricultura, una actividad asociada enormemente al conocimiento de los fenómenos meteorológicos y su entorno natural, así como a los males atribuidos a ellos y sus tratamientos, está dejando de ser la actividad principal para muchos pueblos. Por lo tanto, las creencias y prácticas en torno a ella se van transformando y hay una revaloración de seres, circunstancias y fenómenos naturales.

En Calakmul, las comunidades están formadas por familias que se dedican a la agricultura, lo cual les demanda mantener aún una estrecha relación con los elementos de la naturaleza. En cierta forma, el éxito de sus cosechas depende del conocimiento y respeto que tengan hacia su medio ambiente y hacia los fenómenos de la naturaleza capaces de amenazar sus cultivos. Aunque son familias indígenas-campesinas con costumbres tradicionales, sus necesidades y presiones ambientales les exigen transformarse: continuamente se encuentran en un ejercicio de adaptación y cambio en circunstancias de vida adversas.

El especialista comunitario

Para problemas de salud como el susto, los aires y los sobrepartos derivados de vicencias sorpresivas como un huracán, los


calakmuleños requieren la ayuda de un especialista comunitario, el curandero o curandera. Los tratamientos resultan eficaces porque son accesibles y los curanderos los llevan a cabo en el lenguaje de la comunidad, comparten creencias con sus pacientes y tienen un reconocimiento social. Efectúan sus prácticas médicas en un contexto cultural que produce que la curación, diagnóstico o prevención del daño se realice con rituales que mejoran la efectividad de la práctica y que incluyen el conocimiento de la flora, fauna y elementos cosmogónicos de su ambiente.

El tratamiento de un curandero comunitario, un recurso a la mano de las familias de estas regiones del país, tiene la intención de tranquilizar, expulsar el problema o hacer regresar el espíritu perdido una vez que fue robado por alguna entidad sobrenatural (que puede identificarse con el rayo de un huracán, por ejemplo). La curación que se recibe también es una medida precautoria, pues el curandero establece una relación de deferencia y atención ante un fenómeno de la naturaleza con el que comparte rezos, velas u otros objetos usados para tranquilizar su furia. Es una forma de mantener vínculos de respeto y entendimiento con los recursos y el medio en donde se vive.

En términos generales, se trata de estrategias de atención locales que responden a formas de relacionarse con el

entorno; han cambiado con el tiempo y se han adecuando a nuevas circunstancias. Para las y los estudiosos, son indicadores de problemas que preocupan y afectan a las comunidades.

Este recuento de circunstancias, creencias y respuestas que giran alrededor de un fenómeno de la naturaleza que impacta la vida cotidiana de muchas familias de Calakmul, nos habla de la importancia de entender el origen histórico, las condiciones socioculturales y las propias estrategias de atención que utilizan los pobladores para enfrentar su condición de vulnerabilidad ante fenómenos que muchas veces les benefician, pero que en otras los llevan a vivir situaciones adversas.

Actualmente, los desastres naturales son el resultado de la combinación de las fuerzas naturales y las sociales. Las comunidades no viven las mismas circunstancias de hace 500 o 600 años, así que sus estrategias pueden combatir algunos problemas iniciales, pero los cambios políticos y las desigualdades económicas han orillado a ciertas poblaciones a vivir la llegada de un huracán de manera crítica y compleja. Una perspectiva histórica, política y sociocultural del fenómeno resulta no solo interesante sino se antoja necesaria. 

Este artículo se publicó en 2007, en la revista Ecofronteras 30.

Laura Huicochea es investigadora del Departamento de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Campeche (lhuicochea@ecosur.mx).

